

LA VIEJA ESCUELA DE JURISPRUDENCIA

RECUERDOS, ESPERANZAS E ILUSIONES

Ignacio Galindo Garfias*

Pertenezco a la generación de estudiantes de derecho 1929-1933. Fue una generación de estudiantes de jurisprudencia, generación de esperanzas y realizaciones. En ese viejo edificio porfiriano se fraguaron tantos y tantos anhelos, formados por sueños y deseos vehementes de algún día llegar a ser jurisperitos, no sólo jueces y abogados. Algunas de esas añoranzas quedan plasmadas en estas líneas que ahora dedico, como viejo maestro, a la juventud estudiosa de nuestros días. También a la memoria de los maestros de entonces: don Antonio Caso, don Vicente Lombardo Toledano, don Octavio Medellín Ostos, don Agustín Garza Galindo, don Luis Chico Goerne, don Atenedoro Monroy, ilustres servidores del derecho que nos inculcaron aquellos sueños, aquellas esperanzas y aquel vehemente deseo de llevar con gallardía la licenciatura en derecho y ponerla al servicio de la justicia con equidad. Quiero decir, el romanticismo por la ciencia de la jurisprudencia.

Ojalá que estas líneas sean fiel expresión de aquellos anhelos juveniles, en la medida que cada uno de nosotros abrevó en aquellos salones de clase, en aquellos salones de conferencias, en aquel patio de recreo, y que aún nos acoge con el mismo espíritu con que entonces nos recibió la vieja Escuela Nacional de Jurisprudencia. Al abrigo de sus muros nacieron los sueños de autonomía, las esperanzas de una vida mejor para nuestros compatriotas, los mexicanos, y para la cultura nacional. Ahora que celebramos con añoranza y emoción aquellas fechas, cuando nuestra Escuela Nacional de Jurisprudencia abrió sus puertas, estas palabras vienen a propósito. Es nuestra y siempre lo será en la medida que se inculque el fervor por conocer la ciencia del derecho. El deseo de hacerla realidad en nuestra convivencia humana.

Sean para todos ellos mi agradecido reconocimiento y el propósito de dejar constancia de que esa casa de San Ildefonso fue la cuna que hoy recordamos con verdadero fervor. Cómo quisiera que esos anhelos, a través de 50 años, continúen siendo luz y guía de nuestra conducta profesional y académica.

Y para bajar el tono de esta líneas, permitaseme recordar aquel día, cuando se metió un oso a nuestro recinto escolar, sembrando el pánico y congoja entre profesores y estudiantes.

Deseo expresar mi deseo de que sigan floreciendo esos sueños en las nuevas generaciones de estudiantes, y que aquella esperanza se convierta en realidad. Que sigan esas esperanzas en el espíritu de los actuales jóvenes estudiantes. Y que no los abandone ese espíritu de alegría y entusiasmo estudiantil: fervoroso deseo de servir a México para hacer realidad el lema de Vasconcelos: *Por mi raza hablará el espíritu*. Que este mensaje de esperanza e ilusión se convierta en una palpitante realidad en nuestros días. ☺